

# Poeta renovador y respetuoso del pasado: Jorge Teillier

ENRIQUE VOLPE

El día 5 de octubre de 1993, en acto público efectuado en la Librería Universitaria, en la Casa Central de la Universidad de Chile, al poeta Jorge Teillier le fue otorgado el premio literario Eduardo Anguita. Se dieron cita para brindarle su aplauso poetas, antipoetas, aspirantes a cantores, etc., todos reunidos en homenaje a quien hizo de su vida un largo rito en ofrenda a la verdadera poesía. Jorge Teillier merecía ese premio y muchos más, por su larga fidelidad con la auténtica poesía; la que no reconoce tiempo ni ismos, y por su alto sentido de dignidad creadora que se inició el año 1956 con ese verdadero acontecimiento en las letras nacionales como fue la publicación de su libro inicial *Para ángeles y gorriones*, en que una voz novísima vino a marcar una etapa fundamental, personalísima, que rompía respetuosamente con los esquemas que en aquel entonces imperaban en el panorama de la poesía que se escribía en Chile. Vi a Teillier como un renovador de buena ley, sin manifiestos ni estridencias propagandísticas a la vez que siempre respetuoso de los poetas del pasado. En su numen nuevo a la vez que de raíces antiquísimas, cargado de sabiduría fabulesca infantil europea y de las consejas campesinas del sur chileno, nació la “poesía lórica”, fenómeno que, en el inicio de la década del 60, deslumbró no sólo a la crítica de esa época, sino a muchos jóvenes que entonces se iniciaban en la poesía. Siempre pensé y el paso del tiempo vino a confirmarlo, que Teillier fundó su aldea poética para su uso personal. Un pueblo de ayer y de siempre, habitado por esas grandes sombras que se reflejan en los espejos del corazón, o por esos seres

casi etéreos surgidos de las raíces más profundas que nacen de los sueños de la infancia. Pienso sin temor a equivocarme que esa aldea teillierana siempre mantuvo sus puertas herméticamente cerradas; con eso quiero decir que bajo el manto del lirismo a veces simplista o del encadenamiento sabio de la metáfora con el tiempo fragmentario del discurso, la técnica empleada por el poeta es una de las más complejas en la poesía de cualquier lengua y época. Más de una vez me formulé esta pregunta: ¿Hubo analistas que hayan podido desgarrar el velo y contemplar en su plena desnudez la poesía de Jorge Teillier? Me asiste la certeza de que la respuesta es confusa. Quizás el mismo poeta se ría con sana ironía al leer comentarios erróneos o caprichosos sobre su obra. A pesar de su generosa antología *Poetas de los lares*, publicada en el *Boletín de la Universidad de Chile*, en la que da a conocer algunos poetas lárnicos, Teillier sabe que su voz era única y que tratar de imitarla, para cualquier poeta, resultaba una trampa mortal. Sin duda todo poeta de origen campesino o provinciano siente la nostalgia del terruño; una nostalgia que necesariamente deriva en la creación de algunas poesías alusivas al lar y al rescate de la infancia, pero también nacen las diferencias fundamentales en el modo de cantar. Son los elementos con que se construye el poema, las zonas geográficas de donde se extraen esos elementos, las épocas históricas, las leyendas lugareñas. En la aldea del lar de Teillier, junto a los ángeles, los duendes y las hadas, transitan las sombras de sus antepasados que fueron colonos franceses de Burdeos, que llegaron a ocupar los territorios vírgenes de la Frontera, y también asoman las sombras de los mapuches con toda su grandeza y sus supersticiones. Y en medio de ese mundo creado, está su creador, buscando las respuestas a la voz de su alma, intentando el enigma maravilloso de la profecía.

En su bella escritura autobiográfica *Sobre el mundo que verdaderamente habito*, que sirve de introducción a su antología *Muertes y maravillas*, publicada por la Editorial Universitaria y en la que el poeta recopila toda su labor creadora desde el año 1953 hasta el año 1970, escribe a modo de auto de fe, definiendo su poesía: “Para empezar, entonces, la poesía es lo distinto del lenguaje convencional, por una parte, y por la otra, lo 'bello', lo idealizado como las cuatro estaciones en los cuadros donde se aprende el idioma”.

“La poesía es la universalidad, que fundamentalmente se obtiene por la imagen”. “La muerte que está ante mí como el chubasco que se aleja del arpista del antiguo Egipto”. “La muerte es grande y somos los suyos”, de Rilke, y la misma nieve recuerda a las damas de antaño de Villon y es como la soledad de Rilke, y el tiempo es un río en Heráclito y Jorge Manrique.

“A su debido tiempo, me parece que todo poeta en esta sociedad se suele considerar un sobreviviente de una perdida edad, un ente arcaico. La poesía es una enferma grave, a la que se le toleran algunos caprichos en espera de su futura muerte, y también la Cenicienta de los géneros literarios”.

Tres acertadas definiciones que fueron escritas a fines de la década del '60. Desde entonces, mucha agua turbia pasó bajo los puentes invisibles o quizás demasiado visibles. Los acontecimientos históricos remecieron dramáticamente la estructura política y social de Chile. Recuerdo una conversación con Teillier, referente a *Tradicción y renovaciones*, y sus palabras llenas de pasión en defensa de la poesía: “Sigo siendo tradicional, con la gracia de Dios”. “Quiero establecer que para mí lo importante en poesía no es el lado puramente estético, sino la poesía como creación del mito, de un espacio y tiempo que trasciendan lo cotidiano, utilizando lo cotidiano. La poesía es para mí una manera de ser y actuar, aun cuando tampoco pueda desarticlarla del fenómeno que le es propio: el utilizar para su fin el lenguaje justo para este objeto”. “Mi instrumento contra el mundo es otra visión del mundo, que debo expresar a través de la palabra justa, tan difícil de hallar”.

Pocos son los poetas que a través del lenguaje pueden lograr el milagro de otra visión del mundo: su propio mundo, forjado en una constante lucha entre las realidades y los sueños.

En breve viaje a través de las diversas épocas de Teillier, desde *Para ángeles y gorriones*, hasta llegar a su última entrega poética, *El molino y la higuera*, no es más que llegar usando distintos caminos a ese límite maravilloso que es la aldea que siempre puebla el corazón del poeta, si bien en algunas ocasiones, desviándonos por senderos desconocidos donde sólo transitan vagabundos alucinados, cabras que se apartaron del rebaño y pequeños ángeles ebrios, el poeta nos conduce a zonas desconocidas en las que se escuchan los ecos lejanos de esas campanas metafísicas que repican dentro de los *Cantos* de Ezra Pound, y ecos aun más débiles de fragmentos de cantos beatnik. Una clara muestra es el poema “Treinta años después”, con que cierra su antología *Muertes y maravillas*; evocación nostálgica y humanísima que a veces cobra dimensiones dramáticas, de una época personal medida a través de existencias personales que tienen nombres propios. En ese poema, quizás el más extraño experimento de Teillier, en medio de las profundas galerías adornadas con retratos pintados más que con vivos colores, con sangre de sueños, siempre está presente el poeta que, como un lazarillo luminoso, nos conduce por los laberintos, para decirnos que en todo momento o circunstancia,

nunca seremos abandonados por el fantasma del niño aldeano que nunca pudo emigrar de sus lares.

Si bien en Chile como en diversos países del mundo, existen numerosos estudios analíticos y graves ensayos sobre la poesía de Teillier, analizarlo en profundidad, escarbar sus raíces primitivas resulta una tarea difícil, más bien una trampa propicia para caer en fáciles equivocaciones. El velo mágico o de encantamiento que recubre su lirismo logra una atmósfera única en la poesía chilena. Personalmente asocio la aldea poética de Teillier con esa idílica aldea francesa de Francis Jammes o con esa otra aldea romántica de los alpes piamonteses creada por el poeta italiano Guido Gozzano para que en ella habitara esa fabulosa “Señorita Felicidad”, o quizás esas aldeas rusas con campesinos borrachos y santones errantes del poeta suicida Serguei Esenin. Y también, a veces, esas tabernas aldeanas donde buscaba refugio el gran poeta bandolero François Villon. No hablo de influencias, sino de afinidades que rompen las fronteras de las épocas. El poeta mismo nos dice:

“Nunca he pensado escribir una poesía original, ni me tengo por un ser sin antepasados poéticos. Cada poeta tiene una línea. Es la mía la de Francis Jammes, Miloz en algunas de sus etapas, René Guy Cadou -un poeta con cuya visión del mundo creo tener afinidad-, Antonio Machado, los poetas principales, y en las lenguas que puedo leer en versiones originales, lo que me parece fundamental.

El paso de los años iría agregando algunos otros nombres de poetas europeos a esa lista, como los italianos Dino Campana (del cual Teillier asegura que aún está vivo y reside en la antigua colonia itálica de Capitán Pastene). Y también con el poeta Eugenio Montale, especialmente en sus poesías con marcada tendencia crepuscular, como los poemas “La casa de los aduaneros” y “Dora Markus”.

En ese escrito de *Profesión de fe*, Teillier enjuicia severamente a los prosistas de la generación del '50, reprochándoles su desapego a las raíces de la tierra o sello de nacionalidad, en pos de un dudoso universalismo que contrastaba con los poetas de esa época en cuyos versos trataban de mantener ese sello telúrico y mítico que para Teillier y unos pocos más se consideraba más que esencial, sagrado. Por eso expresa:

“En cambio la mayor parte de nuestros poetas se mantienen fieles a la tierra, o vuelven a ella, como el caso de Neruda, y Pablo de Rokha, Teófilo Cid y Braulio Arenas, ex surrealista; o como en los más destacados poetas de la última generación...”

La voz de la tierra ahondando sus poderosas raíces en los versos de un gran poeta. En realidad, todos los más grandes poetas de Chile bebieron en las fuentes salvajes de la tierra. Quizás podamos imaginar la Frontera como fuente inspiradora en los inicios poéticos de Teillier. Un territorio semibárbaro en que aún quedaban las huellas de un pasado bravío y oscuramente heroico; fulgores veloces o restos míticos o legendarios de una epopeya que a veces fue cruel, donde antaño el indio de guerra y el conquistador encadenaron su sangre en hogueras alimentadas con odio y pasión; donde a principios del pasado siglo flamearon las banderas de sangre de la Guerra a Muerte, y donde en años posteriores el colono extranjero: alemán, suizo, italiano o francés, lo mismo que los campesinos chilenos del Valle Central, se unieron a un núcleo indígena ya en plena decadencia y con la sangre ya muy mezclada. Una tierra totémica donde gravitaban memorias sagradas convertidas en sombras inextinguibles; quizás la sombra de Quilapán, el último toqui guerrero que luchó con las tropas del Gobierno de la República, o la sombra del famoso capitán Trizzano, galopando por las selvas floridas de copihues a la siga de esos feroces bandoleros de la Frontera, que antes de haberse convertido en bandidos fueron heroicos soldados que lucharon en la Guerra del '79. En ese ambiente se formó el poeta o, como le dice Lafourcade, "El ángel del sur", un ángel demasiado humano que de pronto se desprende de las alas y adornándose la frente con dos luciferinos cuernos, penetra en las fiestas de los pequeños infiernos interiores. Una formación entre mitos y leyendas del aquelarre indiano que casi siempre aflora en sus primeros poemas, pero, a la vez, atravesada su poesía por una corriente interna de romanticismo de buena ley, que lo enriqueció con elementos esenciales: andenes de estaciones provincianas donde nunca faltaba una de esas novias pálidas que envejecían esperando vanamente el regreso del amado. Viejas casonas de madera con sus patios cubiertos por la maleza del abandono. Pozos en cuyo fondo de aguas lunares se reflejaban los rostros de esas mujeres que sólo existen en los sueños. Capillas en ruinas donde hacen sus nidos las aves agoreras y las almas en pena de los antepasados. Pero a esa aldea situada geográficamente en la antigua Frontera mapuche, también a la poesía teillierana llegaron otros habitantes; seres de formas etéreas surgidos de las páginas de ajados libros que relatan fábulas infantiles de la antigua Europa. De allí el magnífico velo de lirismo y ese sello mágico logrado por el poeta. A mi modo de ver, un sello único, no sólo en la poesía chilena o de lengua castellana, sino universal, pues, por sobre oscuras honduras metafísicas, muchas veces cruzadas por confusas

corrientes filosóficas, por sobre pretendidas renovaciones, esta gran poesía se abre como múltiples ventanas o cuadros para que dentro de ellos podamos contemplar las diversas visiones de un mundo que nos permite soñar. Es el amargo goce que nos depara el rescate de un mundo perdido; los momentos que se quedaron plasmados en la memoria de un hombre poeta que sabiamente sabe encadenar pasado y presente, en un clima creador y alucinante, donde no pocas veces se puede vislumbrar el destello misterioso del vaticinio. Esto que señalo se hace más denso con los nuevos elementos usados por Teillier en su última etapa comprendida por los libros: *Para un pueblo fantasma*, *Cartas para reinas de otras primaveras*, y su obra de reciente publicación *El molino y la higuera*. La voz conserva una misma modalidad musical, más bien un mismo encanto mágico, pero con el agregado de nuevos elementos que se le hicieron necesarios para asediar con altura de pensador nuestro tiempo en que muchas de las románticas, gentiles y honestas costumbres se vieron desplazadas por una grosera distorsión de valores y por una violencia creciente. Teillier hace revivir ese pasado que fue mejor, a la vez que con una fina ironía carente de vulgaridades, en muchos de sus poemas, entra de lleno en la sátira de la época. Pero su modo de satirizar usos y costumbres erróneas, no es el violento látigo de las sátiras latinas usadas por los juglares del Lacio; la sátira de Teillier nace de una atmósfera de pureza piadosa, iniciándose casi siempre con pie de fábula o epístola moral.

Creo que se hace necesario un estudio analítico para comprender plenamente esta última etapa de Teillier convertido en satírico. Lo mismo sus elementos aportados en su nueva poesía como un curioso insertar pasajes del Apocalipsis con fragmentos de fábulas de duendes y de hadas usados en su último libro *El molino y la higuera*, como este extraño poema-fábula: "El bosque mágico", donde se dirige a una mujer sin edad o, quizás, una apocalíptica princesa, encantada por metamorfosis maléfica:

Yo vi sus ojos volviéndose hogueras implacables  
vi sus uñas creciendo como amenazantes culebras  
y recordé de golpe los rezos de mis parientes  
y me encontré solo en mi tierra natal.

Quizás también sería interesante estudiar una penetración que Teillier hace en algunos poemas, en el mundo casi olvidado de la forma y el sentido de viejas canciones cantadas antaño por los trovadores medievales. No cabe

duda que queda mucho por descubrir en esta poesía, escrita por un gran poeta vigente y destinado a señalar una de las más valederas etapas en la mejor poesía de lengua hispánica.

## *Poemas de Jorge Teillier*

### PEQUEÑA CONFESIÓN

En memoria de Serguei Esenin

Sí, es cierto, gasté mis codos en todos los mesones.  
Me amaron las doncellas y preferí a las putas.  
Tal vez nunca debiera haber dejado  
El país de techos de zinc y cercos de madera.

En medio del camino de la vida  
Vago por las afueras del pueblo  
Y ni siquiera aquí se oyen las carretas  
Cuya música he amado desde niño.

Desperté con ganas de hacer un testamento  
-ese deseo que le viene a todo el mundo-  
Pero preferí mirar una pistola  
La única amiga que no nos abandona.

Todo lo que se diga de mí es verdadero  
Y la verdad es que no me importa mucho.  
Me importa soñar con caminos de barro  
y gastar mis codos en todos los mesones.

“Es mejor morir de vino que de tedio”  
Sin pensar que pueda haber nuevas cosechas.  
Da lo mismo que las amadas vayan de mano en mano  
Cuando se gastan los codos en todos los mesones.

Tal vez nunca debí salir del pueblo  
Donde cualquiera puede ser mi amigo.  
Donde crecen mis iniciales grabadas  
en el árbol de la tumba de mi hermana.

El aire de la mañana es siempre nuevo  
Y lo saludo como a un viejo conocido,  
Pero aunque sea un boxeador golpeado  
Voy a dar mis últimas peleas.

Y con el orgullo de siempre  
Digo que las amadas pueden ir de mano en mano  
pues siempre fue mío el primer vino que ofrecieron  
Y yo gasto mis codos en todos los mesones.

Como de costumbre volveré a la ciudad  
Escuchando un perdido rechinar de carretas  
Y soñaré techos de zinc y cercos de madera  
Mientras gasto mis codos en todos los mesones.

*(De Para un pueblo fantasma)*

#### NIEVE NOCTURNA

¿Es que puede existir algo antes de la nieve?  
Antes de esa pureza implacable,  
implacable como el mensaje de un mundo que no amamos  
pero al cual pertenecemos  
y que se adivina en ese sonido  
todavía hermano del silencio.  
¿Qué dedos te dejan caer,  
pulverizado esqueleto de pétalos?  
Ceniza de un cielo antiguo  
que hace quedar solo frente al fuego  
escuchando los pasos del amigo que se va,

eco de palabras que no recordaremos  
pero que nos duelen como si las fuéramos a decir de nuevo.

¿Y puede existir algo después de la nieve,  
algo después de la última mirada del ciego a la palidez del sol,  
algo después que el niño enfermo olvida mirar la nueva mañana,  
o, mejor aún, después de haber dormido como un convaleciente  
con la cabeza sobre la falda  
de aquella a quien alguna vez se ama?  
¿Quién eres, nieve nocturna,  
fugaz, disuelta primavera que sobrevive en el cerezo?  
¿O qué importa quién eres?  
Para mirar la nieve en la noche hay que derramar los ojos,  
no recordar nada, no preguntar nada,  
desaparecer, deslizarse como ella en el visible silencio.

*(De Para ángeles y gorriones)*

#### NADIE HA MUERTO AÚN EN ESTA CASA

Nadie ha muerto aún en esta casa.  
Los presagios del nogal  
aún no se descifran  
y los pasos que regresan  
siempre son los conocidos.

Nadie ha muerto aún en esta casa.  
Lo piensan las pesadas cabezas de las rosas  
donde el ocioso rocío se columpia  
mientras el gusano se enrosca amenazante  
en las estériles garras de las viñas.

Nadie ha muerto aún en esta casa.  
Ninguna mano busca una mano ausente.  
El fuego aún no añora a quien cuidó encenderlo.  
La noche no ha cobrado sus poderes.

Nadie ha muerto pero todos han muerto.  
Rostros desconocidos se asoman a los espejos  
otros conducen hacia otros pueblos nuestros coches.  
Yo miro un huerto cuyos frutos recuerdo.

Sólo se oyen los pasos habituales.  
El fuego enseña a los niños su lenguaje  
el rocío se divierte columpiándose en las rosas.  
Nadie ha muerto aún en esta casa.

*(De Para un pueblo fantasma)*

ISLAS DE LUZ FLOTAN SOBRE EL PASTO (Inédito)

(Homenaje a Virginia Woolf)

“Debo caminar entre los álamos a recorrer  
la orilla de un río en que la copa de los árboles  
se unen como amantes en el agua”. Caminamos  
a la luz de las llamas,  
la intimidad del cuerpo de una persona.

Y si corrijo lo escrito, Neville la muchacha  
pensará en Bernard interpretando el papel de escritor.  
Bernard piensa en su biógrafo (lo que es verdad).

“Llama al camarero. Paga la cuenta. Debemos irnos.  
Deber. Debo. Detesto esa palabra”.

Empecé a leer aburrido ese libro  
y no pude dejar de pensar en ti.  
Pero digo: “Ahora Rodha hubiese escrito  
“Islas de luz flotan sobre el pasto”.

Era en la Quebrada del Pobre. Cerro de Valle Hermoso.  
Era Virginia Woolf devorando ríos con su mirada azul.

Y un amor recién venido  
me hace cerrar las páginas del libro  
para escribirte estas pobres líneas.  
Desoladas y llenas de amor como las heridas  
que uno inflige a los mejores amigos.

Y las olas se romperán para ti en mares  
donde nunca has estado.

Hay que llamar al garzón. Pagar la cuenta.  
Debemos irnos. Deber. No se cuánto debo “Odio esa palabra”.  
Dejo en la mesa “Las Olas” entregadas al desprecio  
o a la indiferencia.  
Y camino hacia donde me espera lo ajeno  
con ruido de dominó y familias endeudadas  
que salen a esperar autos recién comprados  
y oigo lejanas campanas de iglesias de la ciudad.  
Un campesino me confunde con un maestro primario  
y me lleva hacia el pueblo conversando sobre  
la sequía, el precio de los limones y las paltas.

Pienso que como Bernard también tengo mi biógrafo.  
Un muchacho de “La Unión Chica” que espera mi muerte  
para escribir un Best Seller.  
Los tordos vuelan hacia todas las higueras  
y las gaviotas “se arrastran, se arrastran, se arrastran”.

Mañana espero ver de nuevo “Islas de Luz  
flotando sobre el pasto”  
como el niño esperaba la matinée del domingo.